

aun las imágenes del prodijioso lujo de Fœdora me rodeaban todavía, y mal consejero era el contraste por cierto. Ese origen y no otro deben tener los crímenes. Entonces maldecí jadeando de rabia mi decente y virtuosa miseria, mi fecunda manida en la cual sin embargo se habían agrupado tantas ideas... Pedí cuenta á Dios, al diablo, al estado social, á mi padre y al mundo entero, de mi destino, de mi destierro, de mi desgracia y acostéme hambriento, refunfuñando imprecaciones infernales, pero con todo, bien resuelto á seducir la condesa. Aquel corazón de mujer era el último billete de lotería encargado de mi fortuna...

## XXII.

Te dispensaré la molestia de oír la esplicacion de las primeras visitas que á Fœdora hice, para llegar prontamente al dráma, ó como tu dijiste. Al mismo tiempo que tentaba insinuarme en su alma, traté de hacerla una por parte del ingenio, valiéndome de su vanidad. A fin de ser amado íntegramente agoté mi talento para probarla que debía proceder con mas respeto de sí misma. Y nunca la dejé en estado de indiferencia, puesto que las mujeres quieren emociones á todo precio y con abundancia. Hubiese preferido encolerizarla, que no verla conmigo indiferente.

Al principio tomé algun ascendiente en su alma porque mi impertérrita voluntad estaba animada por el violento deseo de ser amado; pero en breve mi pasión fué real, acrecentóse y no fuí ya desde entonces dueño de mí mismo. Llegué á caer en la verdad del papel que me habia propuesto desempeñar, y tal es la naturaleza del amor, que la verdad causó mi ruina. Y me enamoré perdidamente.

No sabria decirte de fijo y menos podria patentizarte en que consiste lo que poética y familiarmente llamamos amor. Pero el pensamiento que súbitamente se desarrolló en mi doble naturaleza, en ninguna parte lo he visto pintado, ni en las elocuentes frases de J. J. Rousseau cuyo cuarto tal vez habitaba (1), ni en las frias concepciones de esos últimos siglos literarios, ni aun en los cuadros

(1) Esta es en efecto la posada en la cual vivió por algun tiempo J. J. Rousseau, y aqui fué donde conoció á su Teresa con la que de allí en adelante quedó tan íntimamente unido, que á pesar de su tan sabida ineptitud é ignorancia, llenaba completamente el corazon del gran hombre, que vivía tan satisfecho con ella, como con *el mas radiante ingenio del mundo*. No obstante, la buena Teresa dejaria despues algun vacío, y por allí debió de entrarle al filósofo la violenta pasión que no se apagó mas en su vida. Observamos esto para indicar que si Rousseau no pudo alcanzar á la pintura del amor en su delirio como dice Rafael, dudamos que ningun hombre llegue jamás á esprimirlo; pues que cuando compuso sus mas encantadoras y sublimes pájinas estaba enamorado de madama de Houdetot con toda la violencia de que su imaginacion era

de la Italia... Algunas producciones de Rosini, la Madona de (1) Murillo, que el mariscal Soult trajo de España, las cartas de Lescombat, algunas palabras esparcidas en colecciones de anécdotas, y algunos pasajes de los sencillos fabulistas pudieron únicamente transportarme á las divinas rejiones de mi amor.

¡ Nada es capaz en los lenguajes humanos de esprimir el nervio, la inmensidad, la prontitud del sentimiento en el alma; tradúzcase del modo que se quiera el pensamiento, ya con colores, ya con mármoles, con palabras ó sonidos! Si! no hay duda; basta que sea arte, para ser mentira.

El amor pasa por infinitas transformaciones, antes de mezclarse para siempre en nuestra vida, y teñirla indeleblemente. El secreto de esa infusión imperceptible, se sustrae al análisis del artista. La pa-

susceptible, la cual él mismo declara ser portentosa, y sus escritos lo demuestran claramente. Algo debía de decir el inmortal autor de obras inmortales, cuando una noche su idolatrada que no correspondia ni de lejos á su amor, exclamó arrebatada por las palabras de Rousseau; no: jamás ningun mortal amó como vos.

(1) Significa madre del Salvador. En un artículo reciente. Mr. Julio Janin hablando de las satisfacciones que tiene el pillito de Paris, cuenta la de poder admirar al niño mendigo de Murillo como la mejor obra maestra del Luvre. Si es una satisfacion para el pillito, no lo es á buen seguro para un español que ve las obras citadas y otras y otras donde no debieran estar.

sion verdadera se esprime por medio de gritos, de suspiros que fastidian al hombre frio. Si se lee un libro de amor, *Clarisa Harlowe* por ejemplo, para bramar con *Lovelace* debe uno estar enamorado... Es el amor un manantial puro, salido de su lecho de hierba, de flores, de arena, cambiando de aspecto el pais y la corriente, á cada ola que se sucede; y despues, va á parar en un océano inmensurable donde las almas incompletas no ven mas que monotonía, mientras que las grandes se abisman en contemplaciones infinitas... ¿Como atreverse á describir transitorias tintas del sentimiento, aquellas bagatelas que tienen tanto precio, aquellas palabras cuyo acento agota todos los tesoros del lenguaje, aquellas miradas mas fecundas en pensamientos, y mas bellas que poemas?... En cada una de las místicas escenas por medio de las cuales nos vamos insensiblemente enamorando de una mujer, hay un abismo capaz de sumerjir á todas las poesias humanas.

¿Y, como podriamos reproducir por medio de glosas, las vivas y misteriosas sensaciones del alma, cuando nos faltan palabras aun para pintar los misterios visibles de la hermosura? Oh! ¿Qué fascinaciones!... Cuantas horas he vivido nadando en éstasis inefable, ocupado en verla. Dichoso... ¿De qué dicha?... Lo ignoro.

En aquellos momentos, si estaba su semblante

inundado de luz, operábase en él cierto fenómeno que lo hacia resplandecer. El imperceptible plumon que cubre su tan delicado cutis, dibujaba suavemente los contornos con la misma gracia que todos podemos admirar en las lejanas líneas del horizonte cuando se pierden en el sol. Hubiérase dicho que el dia la acariciaba uniendose con ella, ó que de su radiante rostro se escapaba una luz mas viva que la luz misma.

Luego, pasando una sombra por tan suave cara, dábala un color que variaba las espresiones, cambiando sus tintas. Muchas veces parecia que acababa de pintarse un pensamiento en su frente de mármol; sus ojos parecian ruborizarse, los párpados vacilar, y todas sus facciones escitadas por una sonrisa, como olas se mecian; el intelijente coral de sus labios se animaba, se desplegaba y volvia á plegarse; y aun el reflejo de sus cabellos tiraba tonos morenos sobre sus frescas sienas. ¡Y bien! á cada uno de estos accidentes habia hablado. A cada matiz de hermosura, eran otras tantas fiestas para mis ojos, ó gracias desconocidas que á mi corazon se revelaban. En todas aquellas fases de su cara queria leer un sentimiento. Aquellos unidos discursos iban penetrando de alma en alma como penetra un sonido en el eco, prodigándome alegrías que bien que pasajeras me dejaban impresiones profundas... Causábase su voz un delirio tal, que apenas podia com-

primir. A buen seguro que no hubiese entonces sentido en la palma de la mano un carbon encendido mientras hubiera pasado por mi cabellera sus cosquillosos dedos.

Aquello pasaba ya de admiracion, de desvelo; era un hechizo, una fatalidad...

A veces, de regreso á mi manida, veia indistintamente á Foedora en su casa, y participaba como de su vida. Si ella sufría, se me comunicaba su pena, y la decia al dia siguiente:—Señora, ya sé que habeis sufrido. Cuantas veces vino en medio de la silenciosa noche, por la fuerza de mi éstasis evocada! Entonces, ya me aparecia de repente como una luz, que brota súbitamente, haciéndome dejar la pluma, y ahuyentando á la Ciencia y al Estudio á quienes abandonaba, irresistiblemente obligado á admirarla en la atractiva postura en la cual poco antes la viera; ya iba yo mismo á convidarla en el mudo de las apariciones, saludábala como una esperanza, pedíala que me dejara oír su voz platina, luego me despertaba... llorando.

Un dia, despues de haberme prometido que iríamos los dos al teatro, antojósele súbitamente no salir y me rogó que la dejara sola. Desesperado por una contradiccion que me costaba un dia de trabajo, ¿y lo diré? mi último escudo... fué donde ella debería haber ido, para ver la pieza que mi amante habia deseado. Apenas colocado, recibí como un

golpe eléctrico en mi corazon. Una voz interior me dijo:

— ¡Allí está!...

Vuélvome, y veo la condesa en el fondo de su palco, oculta en la sombra, en el entresuelo. Ah! no vacilaron mis ojos. Con la singular mirada que la dirijí, distinguíla con segura y casi fabulosa lucidez. Habia volado mi alma hácia su esfera, hácia su vida, como el dorado insecto vuela á su flor.— ¿Que aviso habrian tenido mis sentidos de su asistencia?—Hay algunos estremecimientos íntimos que bien pueden sorprender á las personas superficiales, sin embargo no son mas que efectos de nuestra naturaleza interior tan simples como los fenómenos habituales de nuestra vision exterior. Asi es, que no me quedé pasmado, sino mohino. Los estudios que me habian revelado el imperio de la potestad moral, y cuyos fuegos desconocemos, servian cuando menos á hacerme encontrar en mi pasion algunas pruebas palpables, vivientes, de mi sistema..... Una tal alianza del docto y del enamorado, de una idolatría cordial y de un amor científico, tenia no sé que poesia estravagante. Muchas veces, la ciencia quedaba contenta de lo que desesperaba al amante, y el amante rechazaba bien lejos la ciencia, cuando pensaba triunfar.

Foedora tambien me vió, y entonces púsose seria. Mi vista la contenia, y por eso la incomodaba.

Sin embargo, fui á visitarla en el primer entreacto.— Estaba sola.— Y me quedé. Aunque nunca nos hubiesemos hablado de amor, ya presentí una esplicacion. Sin haberla comunicado mi secreto, ecsistia sin embargo entre los dos una especie de interpretacion recíproca. Confiábame sus proyectos de diversion, y preguntábame la vijilia con alguna inquietud amistosa, si vendria al dia siguiente. Consultábame con una mirada cuando decia alguna agudeza, como si hubiese querido agradarme esclusivamente. Si me enfadaba, me hacia caricias, de palabra no obstante, y si ella ponía mal jesto, tenia casi el derecho de preguntarla el porqué, y si yo habia cometido alguna falta, mucho tiempo se hacia de rogar antes que no me perdonára. Algun amor habia en aquellas travesurillas, y nos gustaban. Desplegaba ella tantas gracias y tanta coqueteria, y á mí me ocasionaban tanta felicidad!...

En el momento empero de la visita á su palco, hallóse suspendida nuestra intimidad, y quedámonos el uno cerca del otro como dos desconocidos. La condesa estaba friúsima, y yo debajo la amenaza de un gran infortunio.

¡Me acompañareis!... díjome al acabarse la funcion.

En eso, el tiempo habia mudado de repente, y cuando salimos, nevaba, y casi llovía. No pudiendo el coche de Foedora llegar hasta la puerta del

teatro, un pobre anciano estendió un paragua sobre nuestras cabezas, viendo á una señora bien vestida obligada á atravesar el baluarte. Luego que estuvimos dentro el coche, reclamó el precio de su favor.— ¡Yo no tenia nada!... Entonces hubiese vendido diez años de mi vida por dos sueldos... Todo cuanto constituye al hombre y sus vanidades se anonadó en mí por un dolor infernal.

Estas palabras:— No tengo sueldos amigo!..... fueron pronunciadas con tan severo tono que ya pareció que venia de mi pasion contrariada, pronunciadas por mí, que conocia tan bien la desgracia! por mí que poco antes habia dado siete cientos mil francos con tanta facilidad!

Rechazó al hombre el lacayo y hendieron el aire los caballos.

Foedora afectaba por el camino estar preocupada, y respondió con monosílabos á mis preguntas ó á mis observaciones. Luego guardé silencio.

— Fué aquel un horrible momento.— Al llegar á su casa, nos sentamos en derredor de la lumbre; y luego que el ayuda de cámara se hubo retirado, volviéndose la condesa hácia mí con espresion indefinible, me dijo con una especie de solemnidad:

Desde mi vuelta á Francia, mis bienes han tentado á algunos jóvenes. He recibido declaraciones de amor que hubieran podido satisfacer mi vanidad. Hasta he llegado á encontrar hombres cuyos afectos eran sín-

ceros, fecundos y que me hubiesen tomado por esposa, tal lo pienso por lo menos, aun cuando hubiese sido una jóven pobre como antes era. En una palabra, sabed, caballero de Valentin, que nuevas riquezas y nuevos títulos se me han ofrecido... Pero debo tambien deciros que nunca mas he vuelto á ver las personas bastante mal inspiradas por haberme hablado de amor. Si el afecto que os profesó era superficial no os daría esta advertencia mas llena de amistad que de orgullo. Una mujer se espone á una cortesía á la inversa, cuando suponiéndose amada se rehusa de antemano á un sentimiento que siempre es lisonjero... Ya conozco que podriais hacerme sentir que donde las dan las toman; por lo tanto, ya me he familiarizado con las respuestas que puedo esperar en semejantes asuntos. Pero, no creo que un hombre superior como sois me acrimine por haberle dicho con franqueza lo que siento.

Y se esplicaba con la impasibilidad de un procurador, de un notario, descubriendo á sus clientes los medios de un proceso, ó los artículos de un contrato. El rico y seductor tñmbre de su voz no acusaba la menor emocion. Solo si, que su rostro y ademan siempre nobles y decentes, me parecieron tener una frialdad y constancia diplomáticas. Sin duda habia meditado aquellas palabras y hecho el programa de aquella escena. Oh! amigo mio, cuando ciertas mujeres se complacen en desgarrarnos

el corazon; cuando han determinado atravesarlo con un puñal, y volverlo repetidas veces á la llaga.... ¡Esas mujeres son adorables!... O aman ó quieren ser amadas. Algun dia nos recompensarán de los dolores que causaron... del mismo modo que Dios debe remunerar, segun se dice, nuestras buenas obras. Nos volverán en placeres el centuplo del mal cuya violencia han debido apreciar... Porque, en su dureza hay pasión. Pero, ser torturado por una mujer que nos hace sufrir, por una mujer que nos mata con indiferencia... Oh! es un suplicio mil veces atroz!... En aquel instanté, Foedora hollaba sin advertirlo todas mis esperanzas, quebraba mi vida y destruía mi porvenir, con la seca indiferencia y la inocente crueldad de un niño que desgarrá por curiosidad las alas de una mariposa.

— Mas tarde, añadió Foedora, confio en que reconocereis la solidez del afecto que ofrezco á mis amigos... Siempre me hallareis buena, y llena para ellos de desprendimiento... Sabria darles hasta mi vida, pero vos mismo me despreciariais, si permitiera que me amaran sin corresponder con mi parte de amor... ¡Ya concluyo!... Aun sois el único hombre á quien he dicho esas últimas palabras.

A la primera impresion me faltaron voces y costóme comprimir el uracán que en mi cuerpo se iba alzando; pero retirando en breve mis sensaciones al fondo del alma, empecé á sonreír.

—Si os declaro que os amo, respondí, me cerrareis la puerta; si me acuso de indiferencia me castigareis tambien; porque sacerdotes, majistrados y mujeres jamás llegan á olvidar enteramente su papel: y siendo así que el silencio en este punto nada deja traslucir, no lleveis á mal, señora, que tenga á bien el callar. Para haberme dirigido tan fraternales advertencias, preciso es que hayais temido perder mi compañía, y esto solo podria bastar para la satisfaccion de mi orgullo... Pero dejemos personalidades á un lado. Acaso sois la única mujer con la cual pueda discutir, en verdadero filósofo, una resolucion á las leyes de la naturaleza tan contraria. Lo cierto es que relativamente á los demás individuos de vuestro sexo, sois un fenómeno bien singular. ¡Ahora bien! investiguemos aquí los dos de buena fé la causa de esta anomalía psicolójica.

¿Teneis acaso como otras mujeres, pagadas de sí mismas y enamoradas de sus perfecciones, un sentimiento de refinado egoísmo que os impida transijir con la idea de pertenecer á un hombre, de abdicar vuestra voluntad y estar sujeta á una superioridad de convencion que aborreceis?...; En este caso no pareceriais mil veces mas hermosa!... ó ¿fuisteis ya víctima alguna vez del amor?

Quizá no quereis perder la soltura de vuestro gracioso talle, esponiendoos á los cuidados de la maternidad!... Bien podria ser esta una de vuestras

secretas razones para rehusar el ser querida con sobrado ardor...

—¿Teneis imperfecciones que os hagan virtuosa á pesar vuestro? No lleveis á mal palabras tales. Ahora ecsamino, estudio, y estoy á mil leguas de la pasion. Bien hace la naturaleza ciegos de nacimiento, ¿porque no podria crear mujeres sordas, mudas y ciegas en amor?... Sois á fé mia un precioso asunto para la observacion médica. ¡Que poco que sabeis el precio de vos misma!...

Posible es que tengais un muy lejítimo disgusto para los hombres, y lo apruebo, de modo que todos me parecen feos y odiosos.

Mas, teneis razon, añadí sintiendo que mi razon se iba mas y mas inflamando: bien haceis en despreciarnos, ¡no hay ningun hombre que sea digno de vos!... Estos y muchos mas fueron los sarcasmos que la tiré, pero siempre sonriendo...; Y bien! la palabra mas lancinante, la mas aguda ironía no bastaron para arrancarla un solo movimiento, un solo jesto de despecho. Me escuchaba, guardando siempre en los labios y ojos su sonrisa habitual, aquella sonrisa que tomaba cual otro vestido siempre igual para sus amigos, conocidos y estraños.

—¿No debo de ser bien bondadosa para dejarme colocar de este modo sobre un anfiteatro? opuso Focedora, aprovechando un instante en el cual yo la miraba fijamente y en silencio.

— ¡Eso puede daros á entender, continuó riéndose que no soy muy irritable en amistad! Las mas de las mujeres castigarían vuestra imprudencia haciéndoos cerrar la puerta.

— Dueña sois de desterrarme de vuestra casa sin estar siquiera obligada á manifestar las razones de vuestra severidad...

Pero pronunciando estas palabras, me sentia con ánimo de matarla, dado caso que me hubiese despedido.

— ¡Estais loco!... exclamó, siempre con su maldita sonrisa.

¿Que nunca habeis meditado, repúse, sobre los efectos de un amor violento? Mas de un hombre desesperado ha llegado á asesinar á su querida.

— ¡Mas vale ser muerta que infeliz! respondió friamente. Un hombre de tan calientes pasiones, debe un dia ú otro abandonar á su mujer y dejarla en la miseria, despues de haber malgastado su fortuna...

Una tal aritmética me trastornó. Desde entonces entreví con evidencia un abismo entre mí y la condesa. Con su modo de mirar las cosas, nunca podíamos aunarnos.

— ¡Adios, la dije con frialdad.

— ¡Adios, respondió inclinando la cabeza con aire familiar. Hasta mañana.

Miréla aun por un instante, tirándola como con

un arco todo el amor á que renunciaba. Y ella se estaba en pié, enviándome la sempiterna sonrisa de una estatua de mármol, seca y cortés, que bien parece esprimir amor, pero amor frio.

